

EL HOMBRE QUE COMPARTÍA

(2° REYES 4.38–44)

DAVID ROPER

Después que Elías fue llevado al cielo, el ministerio de Eliseo comenzó con un milagro silencioso «para ayudar»: la purificación de las aguas de Jericó. Después de este vinieron eventos más espectaculares, tal como la salvación de tres ejércitos y la resurrección de un niño. En esta lección, volveremos a los milagros para ayudar que fueron parte importante del ministerio de Eliseo. Estudiaremos los breves relatos de dos milagros, relacionados ambos con alimentos. Considero que son milagros de *compartir*.

ELISEO COMPARTIÓ

Compartió su guisado (4.38–41)

El relato comienza diciendo que «Eliseo volvió a Gilgal» (vers.º 38). Gilgal se situaba en el valle del Jordán, no lejos de Jericó. (Vea el mapa en la página 14.) Una de las escuelas de los profetas se encontraba en Gilgal. Esta escuela habría sido visitada regularmente por el profeta. A estas alturas del relato, «había una grande hambre en la tierra» (vers.º 38b). Es probable que esta fuera la misma hambre que se menciona en 8.1, hambre que duró siete años y que envió el Señor para castigar a los idólatras ciudadanos de Israel y hacerlos caer de rodillas, arrepentidos.

Eliseo había despedido a la sunamita durante el hambre (8.1–2), pero él y los profetas en período de aprendizaje se quedaron en el país. Me recuerda un padre que, en tiempo de peligro, envía a su familia lejos de este, mientras él mismo se queda para enfrentarlo. La vida jamás ha sido fácil para los que buscan el estilo de vida de un profeta (vea 4.1); durante un tiempo de hambre, habría sido doblemente difícil. F. W. Krummacher pintó un cuadro de palabras acerca de cómo los alrededores de Gilgal estaban probablemente

afectados, y cómo les habría ido a los profetas en período de aprendizaje.

El hermoso país es difícilmente reconocible, de tan desolado que ha llegado a estar. Anteriormente, hasta donde se podía alcanzar con la vista, no se veían más que dorados campos de trigo mecidos a nuestro alrededor; nos topábamos en todas las direcciones con pesados vagones, que gemían bajo los ricos tesoros de la siega, mientras que las viñas y las granadas se doblaban bajo el peso de sus exuberantes cargas.

Pero mirad ahora, ¡qué diferente se ve todo! La ruina se ha extendido por los campos; las praderas están reseca; la hoz se herrumbra en la pared de la choza; y gran parte de la población está sufriendo las miserias del hambre. Ni los hijos de los profetas, que Eliseo estaba visitando, escapaban de la miseria.

Cuando Eliseo llegó a Gilgal, la tristeza se había apoderado de la pequeña comunidad. Es probable que las magras provisiones se hubieran consumido, y que los huertos estuvieran despojados y sus carteras vacías.¹

Los estudiantes de Gilgal, sin duda aguardaban con emoción las visitas de Eliseo. Esta vez, después que él llegó, no pasó mucho tiempo cuando estaban sentados delante de él (vers.º 38c), prestando atención a sus palabras de sabiduría. Podían carecer de alimento en sus estómagos, pero Eliseo les alimentaba sus almas. Además de enseñarles en general sobre la Palabra de Dios, es probable que Eliseo les animara a permanecer fieles al Señor, por más difícil que fuera la vida. Tal vez incluso abordó la pregunta sobre por qué estaban sufriendo a pesar de haber dedicado su vida a Jehová.

En algún momento, Eliseo decidió que había llegado el momento de comer. Puede que oyera el

¹ F. W. Krummacher, *Elisha, a Prophet for Our Times (Eliseo, profeta para nuestros tiempos)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1993), 71.

ruido de cien estómagos (vea vers.º 43). (Es difícil enseñar a hombres hambrientos.) Tal vez solo era la hora para un tiempo de comida. Eliseo «dijo a su criado: Pon una olla grande, y haz potaje para los hijos de los profetas» (vers.º 38d). Puede que la expresión «su criado» se refiriera a un estudiante asignado para atender las necesidades del profeta cuando visitaba Gilgal, pero probablemente se refirió a Giezi (vers.º 12). La «olla grande» era un recipiente, grande, comunal y para todo propósito. Cuando yo era niño, casi en toda casa de mi vecindario había una enorme olla de hierro fundido. Esta olla se usaba para cocinar; para calentar el agua que se usaba para lavar los platos, la ropa y el cuerpo; para derretir manteca de cerdo y para hacer jabón. La «olla grande» de la escuela habría sido una clase de recipiente parecido.

En vista de que Eliseo era un huésped de la escuela, lo normal habría sido que los estudiantes proveyeran la comida para él. El hecho de que Eliseo inició la preparación para la comida, insinúa que él proveyó los principales ingredientes. En vista de que él era un personaje público, la gente le traía provisiones de vez en cuando (vea vers.º 42). No habría tenido mucho; pero lo que tenía, él estaba dispuesto a compartirlo.

Los que hacen potajes hoy, a menudo comienzan por dorar un poco la carne con el fin de añadir sabor y sustancia, y luego añaden los vegetales. No obstante, cuando no hay carnes, un potaje de solo vegetales puede ser sabroso y alimenticio. Después que el criado de Elías comenzó a preparar el potaje, cada uno de los estudiantes echó el ingrediente que tuviera (vers.º 39). Recuerdo cuando estuve en grupos que pasaban la noche al aire libre, en que al plato principal para la comida de la noche, se le llamaba «potaje de vagabundo». Cada uno traía una lata de alimento y vaciaba el contenido de esta en una olla grande, y se calentaba sobre una fogata al aire libre. Si teníamos hambre, la mezcla resultante, por lo general era comestible.

Aparentemente, un estudiante de Gilgal no tenía nada que aportar al potaje, así que «salió [...] al campo a recoger hierbas» (vers.º 39a). Muchas plantas silvestres son comestibles. Mi padre a veces me enviaba al campo más cercano a recoger «vegetales» para añadir a la cena. En vista de que Israel estaba paralizado por el hambre (vers.º 38), la vegetación habría sido escasa. Me imagino el deleite de aquel hombre cuando tropezó con lo que él creía que era un ingrediente aceptable para el potaje: una «parra montés» cargada de «calabazas» (vers.º 39b, c). El texto dice que «de [la parra] llenó su falda de calabazas silvestres» (vers.º 39c). La

abuela solía tomarse el frente del delantal para poner los huevos cuando los recogía del gallinero. De un modo parecido, este hombre tomó el frente de su túnica y llenó de calabazas la bolsa resultante.

Se ha especulado mucho sobre qué eran estas «calabazas», pero todo lo que en realidad sabemos es que eran mortales (vers.º 40). Por todo el mundo hay plantas que parecen inocuas, pero que son venenosas. Un ejemplo que viene a la mente es el de las setas. A mí me encantan, pero hay variedades que pueden matarlo a uno si las come. Al igual que el hombre del relato, yo no puedo distinguir entre una seta comestible y una seta letal, así que no sería aconsejable que se me enviara al bosque a buscar setas para la comida.

Agradecido de que podía aportar a la comida, el hombre volvió con las calabazas y «las cortó en la olla del potaje» (vers.º 39c). El pasaje dice que «ellos [los estudiantes] no sabían lo que [las calabazas] eran» (vers.º 39d; NASB). Si había estudiantes que tuvieran conocimiento de la flora local, estos no se encontraban entre los que cortaban ni entre los que revolvían.

Cuando la mezcla comenzó a hervir, el aroma se habría propagado por el lugar. Es probable que a los presentes se les comenzó a hacer agua la boca. Para algunos, esta podía haber sido su primera buena comida en días o semanas. Al final, el potaje estaba listo. Después de dar gracias a Dios por Sus bendiciones,² ellos sirvieron [el potaje] para que comieran los hombres (vers.º 40a). En vista de que había muchos hombres que alimentar, es probable que vaciaran el potaje en varios recipientes comunes a ser compartidas. Me imagino a los hombres mojando pequeños pedazos de pan en el potaje y llevándoselos a la boca (vers.º 40b).

La atmósfera festiva se disipó abruptamente. Los hombres clamaron a Eliseo, diciendo: «¡Varón de Dios, hay muerte en esa olla!» (vers.º 40c). ¿Cómo supieron que había «muerte en la olla»? Puede ser que el potaje tuviera algún olor extraño o algún sabor amargo. Puede ser que uno de los estudiantes, conocedor de las plantas locales, notara el vegetal venenoso en la mezcla. Tal vez comenzaron a atragantarse. Puede que se doblaran para adelante con retortijones estomacales, y comenzaran a vomitar. El texto solo dice que «no lo pudieron comer» (vers.º 40d). ¡La cena se había convertido en un desastre!

Estando tan escasos los alimentos, habrían estado reacios a desechar el potaje, pero, ¿qué les quedaba? Eliseo les dijo: «Traed harina [grano de

² Esto no se menciona, pero tal oración habría sido práctica acostumbrada en aquella comunidad.

molienda gruesa]» (vers.º 41a). Una vez más, el profeta puso a otros a participar en la solución del problema. Cuando la harina fue traída a Eliseo, este la esparció en la olla (vers.º 41b). ¿Qué habría tenido que ver el acto de echar harina en el potaje con neutralizar la toxina? Lo mismo que habría tenido que ver el acto de echar sal en las aguas malas para hacerlas buenas (2º Reyes 2.19–22), esto es, absolutamente nada, si no fuera por el Señor. Una vez más, el poder no estaba en el procedimiento, sino en la relación de Eliseo con su Dios.

El profeta dijo luego: «Da de comer [el potaje] a la gente» (vers.º 41c). Me imagino a algunos de los estudiantes mirando con sospechas la olla. Pero luego, uno de ellos se anima a mojar un pedacito de pan en la mezcla, y con cuidado se lo lleva a la boca, frunciendo el ceño, lentamente lo mastica y se lo traga de una sola vez. Por último, sonriendo, anuncia a todos, diciendo: «¡Delicioso!». «Y no hubo más mal en la olla» (vers.º 41d). Pronto todos estaban mojando pan en los tazones de potajes, y la risa llenó el aire; siendo todo esto resultado de que Eliseo estuviera dispuesto a compartir sus alimentos.

Eliseo compartió Su pan (4.42–44)

Es probable que el siguiente relato tuviera lugar mientras Eliseo estaba en Gilgal. «Vino entonces un hombre de Baal-salisa» (vers.º 42a). Baal-salisa era «un lugar de la tierra de Salisa [vea 1º Samuel 9.4], el país que estaba al [norte] oeste de Gilgal».³ (Vea el mapa de la página 14.) El hombre «trajo al varón de Dios panes de primicias» (2º Reyes 4.42b). Las «primicias» eran los primeros frutos de la cosecha y debían dedicarse al Señor. Por lo general, las primicias se llevaban a los sacerdotes (vea Levítico 23.10), pero no quedaban sacerdotes fieles en Israel. Parece que las personas que todavía estaban dedicadas a Dios «consideraban a Eliseo [...] como verdadero representante del Señor del pacto que ellos habían hecho».⁴ Así, el hombre trajo sus primicias al profeta.

El hombre trajo «veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga» (2º Reyes 4.42c). Al leer «en su espiga», no se imagine usted grandes cantidades (para llenar sacos de un quintal). La

³ C. F. Keil y F. Delitzsch, “1 and 2 Kings” («1º y 2º Reyes»), *Commentary on the Old Testament (Comentario del Antiguo Testamento)*, vol. 3, 1 and 2 Kings, 1 and 2 Chronicles, Ezra, Nehemiah, Esther (1º y 2º Reyes, 1º y 2º Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester) (Peabody, Mass.: Hendriksen Publishers, 1989), 315.

⁴ J. Robert Vannoy, notas sobre 2 Kings (2º Reyes), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)*, ed. Kenneth Barker (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 531.

palabra que se traduce por «saco» en realidad se refiere a un moral (parecido a una bolsa) que se usaba para llevar pertenencias personales. También, al leer «panes», no se imagine gruesos cilindros de pan horneado. Antes, imagínese pequeños bollos de pan. Podría hacerse notar también que la cebada era un grano ordinario, no el que se prefería para hacer pan. Sin embargo, no olvide que el país estaba siendo castigado por el hambre. «Veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga» debían de representar un verdadero sacrificio de parte del donante. Eran señal de la devoción del hombre al Señor, y de su respeto por Eliseo.

Cinco panes de cebada apenas habrían sido suficientes para el almuerzo de un pequeño niño (vea Juan 6.9). Veinte panes y a unas pocas espigas de grano habrían dado una escasa provisión de dos días para Eliseo y su criado. Nadie habría culpado al profeta si hubiera guardado el presente para sí mismo, pero él era un hombre que creía en compartir. No consideraba suyo nada que poseyera (vea Hechos 4.32), sino que lo consideraba del Señor (Salmos 24.1; vea Juan 3.27; 1ª Corintios 4.7) y debía compartirse con los que tenían necesidad. Por consiguiente, dijo a su criado: «Da a la gente para que coma» (2º Reyes 4.42d). Es probable que la expresión «la gente» se refiriera a los mismos aprendices de profeta que Eliseo había alimentado en el relato anterior.

El criado estaba escéptico. El versículo 43 dice: «Y respondió su sirviente: ¿Cómo pondré esto delante de cien hombres?» (vers.º 43). Es probable que el «sirviente» fuera Giezi; las palabras reflejan el punto de vista terrenal del hombre (vea 5.20–27). Su reacción nos recuerda lo que dijeron los discípulos de Jesús antes de que Él alimentara a miles con un puñado de alimentos (vea Mateo 14.17; Marcos 6.37; Juan 6.8–9).

El punto de vista de Giezi es fácil de entender. Poner veinte pequeños bollos delante de cientos de hombres hambrientos, parecía que iba a resultar en frustración antes que en satisfacción; cada uno recibiría un diminuto pedazo. Cada uno de ellos solo tendría que tragar de una sola vez el alimento y este desaparecería. Otra idea que pudo haber estado en la mente del siervo es esta: «Si regalamos nuestros alimentos, ¿qué comeremos nosotros?». Sin embargo, Giezi no estaba en posición de cuestionar, sino de obedecer. ¿Será que había olvidado que servía a un hombre que Dios había usado para suministrar agua a tres ejércitos (2º Reyes 3.9–20) y multiplicar el aceite para una viuda (4.1–7)?

Puede que Giezi hubiera razonado diciendo: «Yo no podría alimentar a cien hombres con veinte

diminutos panes, por lo tanto ¡mi conclusión es que no puede hacerse!». Este razonamiento es corriente, pero adolece de una debilidad inherente. Imagínese que alguien me dice que viaje cierta distancia en kilómetros en un día. Yo muevo mi cabeza y digo: Aun si pudiera correr todo el día, no podría recorrer esa distancia al caer la noche. La persona que da las instrucciones responde, diciendo: ¡Pero no tienes que hacerlo con tus propias fuerzas! ¡Yo proveeré un medio de transporte! Es cierto que estoy limitado en cuanto a la distancia que puedo recorrer a pie en un día, pero denme un caballo, o un vagón, o un automóvil, y la situación cambia drásticamente. Al igual que Giezi, muchos solo consideran lo que *ellos* pueden hacer, no lo que podrían hacer *con la ayuda de Dios*.

No me extrañaría que Eliseo se estuviera exasperando un poco, al tener que repetir la orden dada a su criado: «Da a la gente para que coma» (vers.º 43b). El profeta añadió: «porque así ha dicho Jehová: Comerán, y sobrarán» (vers.º 43c). La expresión «así dice Jehová» nos hace saber que Dios era partícipe, y para Dios todo es posible (Mateo 19.26). La idea de que sobraría algo, significaba que no solo alcanzaría para que todo el mundo comiera, sino también para que todo el mundo quedara saciado.

Tampoco me extrañaría que Giezi mascullara una queja cuando «[ponía el grano y el pan] delante de [los cien hombres]» (vers.º 44a). Puede que mientras hacía esto, dijera entre dientes: «¡Esto no tiene sentido! Esto es lo más tonto que he hecho». A pesar de la falta de fe del criado, los de la multitud comieron todo lo que quisieron, y sobró alimento, tal como el Señor había anunciado (vers.º 44b). Una vez más, se nos recuerda los tiempos cuando Jesús alimentó las multitudes con unos pocos panes y peces (Mateo 14.20; 15.37).

El texto no nos dice cómo ocurrió el milagro. Puede ser que, igual como sucedió con la vasija inagotable (2º Reyes 4.1–6), Giezi se mantuviera extrayendo de un saco inagotable. Como sea que haya sucedido, lo cierto es que él (y cien comensales) vieron con cada vez mayor asombro cómo el suministro no parecía tener fin.

De este modo, Dios demostró Su cuidado y protección de aquellos que confían en Él (vea Mateo 6.33). En esta ocasión, lo hizo por medio de la generosidad de Eliseo, un hombre que no dudó en compartir lo que tenía, fuera poco o fuera mucho.

DEBEMOS COMPARTIR

Cuando consideramos este texto, varias aplicaciones se nos ocurren. Por ejemplo, podemos

analizar la provisión que de Su gracia da Dios a los Suyos. Después que los aprendices de profeta comieron el potaje, debieron de haberse preguntado de dónde iba a salir la siguiente comida de ellos. Tal vez estaban pensando en esto, cuando se oyó que llamaban a la puerta, ¡y al abrir encontraron a un hombre que traía en sus manos un saco de panes de centeno y de trigo nuevo! A través del tiempo, cuando muchos cristianos se preguntaban cómo iban a hacer frente a esta o aquella crisis, vino ayuda de una fuente inesperada. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (Romanos 8.32).

También, podemos inclinarnos a usar la frase «muerte en la olla» para referirnos acerca de peligros ocultos que nos rodean. Hay peligros que están al acecho en cosas que para algunos parecen «inocentes»:

- Muchas películas y programas de televisión, ciertos libros y cierta música.
- Fumar, tomar y consumir drogas.
- El materialismo y un estilo de vida mundano en general.
- La ignorancia y el error religiosos.

Si bien muchas aplicaciones se pueden hacer de los pasajes estudiados, deseo recalcar la naturaleza generosa de Eliseo que nosotros debemos imitar:

La importancia de compartir

Compartir no es una lección fácil de aprender. Cuando mi hija mayor Cindy, tenía tres años de edad, la maestra de escuela bíblica de ella, enseñó una clase sobre compartir. Para aplicar la lección, se dio a los niños de la clase la oportunidad de compartir juguetes unos con otros. Cindy se acercó a otra niña, le arrebató el juguete que esta tenía en su mano, le pisoteó el piecito, y le dijo: «¡Comparta *conmigo!*».

Si bien compartir no es siempre nuestro ejercicio favorito, el Señor nos dice que lo hagamos, por mandamiento y por ejemplo. Juan el Bautista dijo a sus seguidores: «El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo» (Lucas 3.11). Los cristianos de Jerusalén «vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno» (Hechos 2.45). Pablo dijo que Dios creó los alimentos «para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad» (1ª Timoteo 4.3). Timoteo había de enseñar a sus oyentes a ser «dadivosos, generosos» (1ª Timoteo 6.18). El autor de Hebreos dijo: «Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales

sacrificios se agrada Dios» (Hebreos 13.16a).

Hay muchos pasajes que se relacionan con compartir con otros:

Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gálatas 6.10).

El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad (Efesios 4.28).

Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (Santiago 2.15–16).

Compartir nos provee muchas oportunidades:

- La oportunidad de reconocer que todo pertenece a Dios y que nosotros no somos más que mayordomos de lo que poseemos.
- La oportunidad de llegar a ser más como Dios, que ha compartido todas las cosas con nosotros, incluyendo Su «posesión» mas querida: Su hijo Jesucristo.
- La oportunidad de expresar nuestro amor por otros, de un modo práctico.
- La oportunidad de hacer felices a otros.
- La oportunidad de hacer progresos en la larga batalla contra el egoísmo. La razón por la que a muchos de nosotros nos parece difícil compartir es que somos egocéntricos. Nos justificamos, diciendo: «Si hemos trabajado toda la vida por lo que tenemos, es nuestro. ¿Por qué debemos regalarlo?». Que Dios nos ayude a darnos cuenta de que hemos sido bendecidos, para que nosotros, a la vez, podamos bendecir a otros.

Puede que se presente esta objeción: «Pero hay quienes ni siquiera tratan de ganarse la vida. Están contentos con vivir a costa de los demás. ¡Yo no creo que estemos obligados a compartir con ellos!». No, no lo estamos. Pablo dijo: «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma» (2ª Tesalonicenses 3.10b). No obstante, a menudo, no podemos tener certeza de la situación de otros. Que sepamos, puede que esté haciendo todo lo posible. Preocupémonos por no ser culpables de juzgar a los demás. Si nos vamos a equivocar, equivoquémonos por ser caritativos.

Las bendiciones de compartir

Considere esto: ¿Sufrió Eliseo por haber com-

partido? ¿Se quedó alguna vez sin comer? ¿Pasó hambre? La respuesta es no. Dios bendijo al profeta con lo que necesitaba, y este además tuvo la satisfacción de haber ayudado a otros.

Los que son generosos al compartir, han descubierto una maravillosa verdad: No perdemos por compartir. Hay cosas en relación con las cuales esto es obvio. Si compartimos nuestra felicidad, nuestra felicidad se multiplica, no se disminuye. Si compartimos ideas, tenemos más ideas, y no menos. Un amigo mío me dice que este principio es cierto, incluso, en relación con las rosas. Él corta las primeras rosas del año para compartir con otros. Dice que de este modo el arbusto de rosa es estimulado a seguir dando nuevas rosas durante toda la estación.

Puede que el principio no sea tan obvio en relación con otras cosas que compartimos, tal como el dinero y las posesiones. No obstante, el Señor nos asegura que es verdadero. Jesús dijo: «Dad, y se os dará... porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir» (Lucas 6.38). Y volvió a decir: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20.35). Pablo escribió:

Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará [...] Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra (2ª Corintios 9.6–8).

CONCLUSIÓN

Es mi oración que todos nosotros seamos inspirados por el ejemplo de Eliseo a compartir lo que sea que tengamos, que todos hagamos del compartir un hábito. Alguien dijo: «Para compartir mucho, hay que compartir un poquito cada día».⁵

Por supuesto que lo más importante que alguna vez compartiremos es el evangelio, las buenas nuevas de Jesucristo. Algunos ven paralelos entre el relato del potaje mortal y nuestra salvación del pecado:

- Cuando el pecado entra en nuestras vidas, nos produce muerte espiritual, del mismo modo que las calabazas produjeron muerte en la olla.
- Nosotros solos somos incapaces de remediar la situación: del mismo modo que a los hijos de los profetas no les quedó más que clamar cuando estuvieron en angustia.
- Pero gracias a Dios que la sangre de Jesús

⁵ Eleanor Doan, comp., *Speakers Sourcebook (El libro de citas para el orador)* (Grand Rapids, Mich.: Ministry Resources Library, Zondervan Publishing House, 1960), 224.

vence la culpa de los pecados de aquellos que se vuelven a Él, del mismo modo que la harina neutralizó el veneno.

- Dios nos permite participar en nuestra salvación del mismo modo que Eliseo dio participación a los estudiantes pidiéndoles que trajeran harina. El Señor nos dice que creamos (confiemos) en Su muerte y Su resurrección (Juan 3.16), que nos arrepintamos de nuestros pecados (Lucas 13.3), que confesemos nuestra fe (Mateo 10.32), que seamos bautizados (Marcos 16.16) y que vivamos fielmente «hasta el fin» (Mateo 10.22). Eliseo debió de haber sonreído cuando vio a los

demás disfrutando de lo que él había compartido. No hay nada que me haría más feliz que ver su vida bendecida por haber compartido yo el evangelio con usted.

NOTAS PARA MAESTROS Y PREDICADORES

Al comienzo de la segunda sección («Debemos compartir»), sugería maneras como se puede aplicar esta lección. Sería aconsejable que usted predique sobre «Muerte en la olla», recalcando los peligros ocultos que nos rodean. Usted podría ampliar el paralelo que se hizo notar en la conclusión y convertir esto en un mensaje de evangelización.

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados